

individualismo versus revolución

*** Charles Plisnier: *FALSOS PA-SAPORTES*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1971, 300 pp. (traducción. Roberto Margulís).

FL autor, un comprometido de primera hora con la revolución rusa, revive en este libro —y en parte las repiensa— las dos primeras décadas que culminan con el proceso de Moscú, concentrando su atención en cinco o seis personajes en quienes el conflicto alcanzara su máxima tensión. Expulsado él mismo de la Internacional de Ambores, siguió manteniendo contactos con sus impugnantes, en la dramática evolución de divergencias que la época volvía irreductibles tanto en el terreno de la doctrina como en el de la acción. Ya en el primer episodio, se plantea la oposición que proporcionará la tónica del libro: una hija de familia de la burguesía española se entrega cerebral y sentimentalmente, aunque no vitalmente, a la empresa revolucionaria, y comparte vicisitudes con un anarquista que actúa, él sí, con todo lo que es. La separación final, retorno a la vida acomodaticia para una, y muerte para el otro, es descrita con un esquematismo demasiado previsible, infringiendo a cada personaje la predestinación correspondiente a sus respectivas clases. Los episodios siguientes mostrarán con vigor más sostenido esa pugna entre los sentimientos e ideas de prosapia burguesa del autor, entre ser uno mismo, con su dignidad personal intacta, y ser para todos hasta el sacrificio de su vida y su conciencia. Al autor le interesa por sobre todo el agobio que padecen los destinos personales al tener que someterse a las exigencias de la eficacia revolucionaria. Lo hace con aguda psicología y realiza el relato con un tono patético casi constante, con el que logra transmitir la conmoción intensa que le produjeron tales situaciones. El idealismo de algunos, a veces de desorbitado romanticismo, la traición de otros, la implacabilidad de la reacción fascista, la firmeza de algunas decisiones libertarias, dejan siempre un lugar preferente a la descripción de los sentimientos personales, surgiendo a contrapelo de la lógica estricta de los hechos revolucionarios. El mayor acierto del autor, al reivindicar las irracionales razones del corazón que provocan tales disonancias, es el de no convertir su reacción en justificación. Reconoce, a veces entre dudas torturantes, su formación burguesa individualista, y recoge, sin rebatirlas, las imputaciones que se le acusan de idealismo romántico. No atribuye sin embargo al origen de su fe a una con-

ción meramente teórica, sino más bien a ciertas experiencias aisladas de padecimientos e injusticias que conmovieron su sensibilidad. Bien ve que para el partido tiene que ser un miembro harto inseguro por sus escrúpulos intelectuales siempre alertas y las resistencias que opone su conciencia, pero su obra está pautada por los altibajos de una duda nunca sofocada acerca de la validez de sus propias razones ante las que están en la base del partido como instancia eminente. Su conciencia pequeñoburguesa, cuyas debilidades reconoce con angustia, no le permite resignarse ante la inhumanidad del militante, a quien admira, pero a quien no puede dejar de reclamarle más atención a las relaciones personales y a los viejos pero siempre vigentes mandatos de la moral individual. Ofrece así ejemplos admirables, a veces demasiado extremos, de mística revolucionaria; pero su efecto preferido es mostrar, aun en ellos, el resurgir inesperado de algunos sentimientos de pura exquisitez individual, las lágrimas, v.gr., que despierta la sonata en fa de Mozart en un militante que parecía inmovible. En el episodio final, cuyo centro es el proceso de Moscú, Plisnier aprieta a fondo el pedál y toma ya más decididamente posición. Su habilidad, que no creemos producto de un cálculo amañado ni de mala fe, es llegar a ese franco anti-estalinismo final después de lo que, a lo largo del libro, se nos ofrece como una honesta y ecuaníme compulsión de todos los pros y los contras. De todos modos, sus dos páginas finales están casi de más; se parecen demasiado a una autojustificación, al acumular nombres y hechos en apretada lista como testigos de cargo premiosamente convocados. Cuánto mejor hubiera sido dejar abierta la cuestión, mantener indemne esa incitación a meditar que la apreciación conflictual y candente de los acontecimientos vividos por el autor va contagiando en el lector. Prescindiendo pues de esa conclusión algo forzada, el libro aparece como un testimonio de valor indudable.

Premio Goncourt en 1938, los años no han pasado en vano. Incurre muchas veces en exceso de temperatura. Un poco más de sobriedad no le hubiera venido mal en muchos pasajes. Ostenta sin embargo un vigor de buena ley, una destreza notable para relatar y una riqueza de recursos que valoriza cada una de sus páginas y les procura una incuestionable efectividad como planteo, ya que no finalmente como solución.